



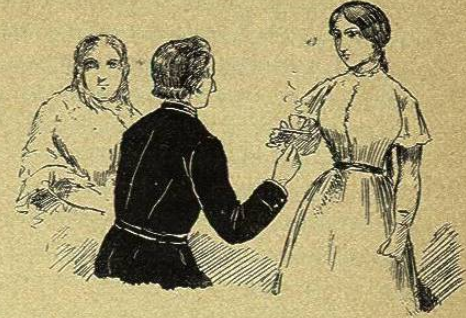
XXVI

Mi aspecto más favorable

DURANTE el té, cesó Varenka en su lectura y las damas pusieron á hablar entre ellas de personas y de cosas totalmente desconocidas para mí, y parecióme que lo hacían así para hacerme comprender, á pesar de la buena y cordial acogida que me habían dispensado, la gran diferencia de edad y de situación entre ellas y yo. Pero cuando se entablaron conversaciones en que yo pude tomar la palabra, traté de recompensarme á mí mismo de mi precedente silencio, desplegando toda mi inteligencia y mi originalidad, á lo cual creía yo que me obligaba mi uniforme.

Cuando la conversación recayó, no sé cómo, en las casas de campo, conté que el príncipe Ivan Ivanovitch tenía en los alrededores de Moscova una quinta tan hermosa que expresamente habían venido de París y de Londres para verla y admirarla, pues una sola de las verjas que había en ella costaba 380,000 rublos; también conté, todo de un tirón, que el príncipe Ivan Ivanovitch era mi próximo pariente, que había comido en su casa aquel mismo día y que me había invitado, insistiendo mucho, para que pasase el verano con él, pero que yo no había querido aceptar de ninguna manera, pues conocía muy bien la finca, la cual, sin embargo, no me interesaba, pues dije que detestaba el lujo, especialmente en el campo, por creer que en el campo había de ser todo verdaderamente campestre.

Al decir una tras de otra tantas y tan horribles y complicadas mentiras, me turbé y aun me ruboricé un poco, sospechando entonces que todos habrían adivinado ya que mentía. Varenka me daba en aquel preciso instante una taza de té, y Sofía Ivanovna no hacía más que mirarme mientras hablaba; las dos se volvieron y se pusieron á hablar de otra cosa distinta, notando en su rostro una singular expresión que después he observado muchas otras veces en personas de buen natural cuando un jovenzuelo se pone ante ellas á mentir desvergonzadamente, expresión que significa algo así: «Bien sabemos que está mintiendo; mas, por qué lo hará el pobre!»



Empecé diciendo que el príncipe tenía una tan hermosa finca porque no hallé otro pretexto para hablar de mi parentesco con él y para decir que aquel día mismo había comido en su casa. Pero, por qué hablé de una verja que valía 380,000 rublos, y por qué añadí que iba con tanta frecuencia á la dicha finca, cuando en realidad yo no había estado ni una sola vez, pues el príncipe Ivan Ivanovitch vivía constantemente en Moscova ó en Nápoles, todo lo cual sabían muy bien los Nekhludov? En verdad que no sé por qué dije todo eso, ni lo supe jamás. Ni en la infancia, ni en la adolescencia, ni más tarde, en la edad madura, observé en mí el vicio de la mentira; al contrario, fui siempre sincero y franco, quizás demasiado en algunas circunstancias; pero es lo cierto que en esa primera etapa de mi juventud me dió algunas veces el extravagante deseo de mentir, sin causa aparente, del modo más horrible. Digo precisamente «del modo más horrible» porque siempre que mentí lo hice en cosas que podían serme demostradas en el acto. Parece que el ansia ambiciosa de mostrarme un hombre distinto del que era en realidad, junto á la esperanza, irrealizable, de mentir sin quedar convicto de embuste, fueron la causa principal de esta inclinación extraña.

Después del té, y habiendo ya cesado la lluvia, poniéndose el tiempo dulce y sereno, propuso la princesa que bajásemos á dar un paseo por el jardín, para poder admirar su lugar favorito. Fiel á mi principio de querer mostrarme siempre original, y en la convic-

ción de que personas tan inteligentes como yo y como la princesa habían de desentenderse de las formas de la banal cortesanía, dije que yo detestaba el paseo cuando no tiene algún objeto determinado, y que á mí lo que más me gustaba era pasearme enteramente solo. No me di cuenta entonces de mi infame grosería, imaginándome en aquella época de mi vida que si no había nada tan horroroso como un cumplimiento banal, tampoco había nada tan encantador como una cierta descortés franqueza.

No obstante, y encantado de mis propias palabras, salí al jardín con todos mis amables huéspedes. El sitio que la princesa prefería estaba á lo último del jardín y era un pequeño puente rústico echado sobre la parte más estrecha del lago. Desde allí quedaba muy limitado el panorama, pero no puede negarse que el sitio era al mismo tiempo que poético muy agradable. Solemos con tanta frecuencia mezclar el arte con la naturaleza, que muchas veces los aspectos naturales que no hemos visto jamás pintados nos parecen más que extraordinariamente bellos, como si la naturaleza no fuese esencialmente natural; y por el contrario, los aspectos que hemos visto pintados alguna vez, nos parecen vulgares, y otros, excesivamente penetrados del sentimiento que se halla en la misma realidad, los reputamos artificiales. El sitio que la princesa prefería en su jardín era de esta última clase. Comprendía en primer término el pequeño lago todo rodeado de verdor; más lejos se distinguía una pequeña colina cortada á pique y cubierta toda ella de viejos y grandes árboles y de numerosos arbustos que mezclaban sus diferentes matices de verde; un enorme álamo blanco se inclinaba sobre el estanque agarrado á la tierra por medio de gruesas raíces que medio estaban al descubierto y, elevándose por encima de los tilos, reflejaba sus retorcidas ramas y su follaje en las tranquilas aguas del pequeño lago.

—Qué hermoso es esto!—dijo la princesa al llegar á aquel sitio, inclinando á un lado la cabeza y sin dirigirse directamente á nadie.

—Oh! sí, es muy hermoso... Más pareceme que se semeja demasiado á una pintura,—dije yo para demostrar que tenía también mis opiniones personales.

La princesa, como si no hubiese oído mi observación, continuó admirando el paisaje y dirigiéndose á su hermana y á Lubov Sergueievna, iba señalando sus menores detalles: la rama inclinada hacia abajo y su imagen que el agua reflejaba le placían en extremo.

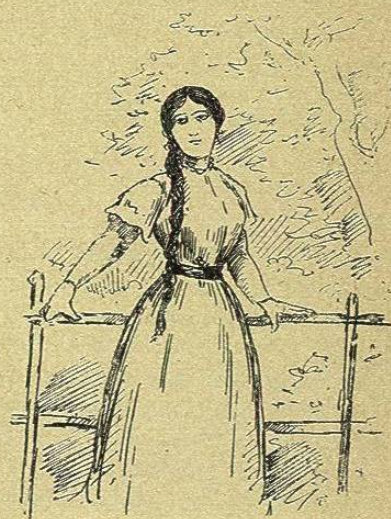
Sofía Ivanovna lo hallaba todo verdaderamente admirable, y dijo que su hermana se pasaba en este sitio horas enteras, pero no

había duda que si hablaba así era únicamente para dar gusto á la princesa.

He observado que las personas dotadas en muy grande escala de la capacidad de amar son casi insensibles á las bellezas naturales. Lubov Sergueievna lo admiraba todo también y preguntaba: Cómo podía aguantarse ese álamo con las raíces tan al descubierto, y si podría estar todavía así mucho tiempo, sin dejar por eso de contemplar á su perrito, que no paraba de correr de un extremo á otro del puente, agitando la cola y con aires de tal extrañeza como si fuese la primera vez que se veía allí. Dmitri entabló con su madre una discusión asaz lógica, sosteniendo por su parte que la vista no podía ser bella de ninguna manera cuando el horizonte es muy limitado. Varenka no decía nada. Cuando la miré se hallaba apoyada en la baranda del pequeño puente, de perfil y mirando á lo lejos... Algo, sin duda, la preocupaba muy hondamente, pues olvidándose hasta del sitio donde estaba, ni pensaba en sí misma ni se percataba de que la estuviesen mirando. En la expresión de sus grandes y hermosos ojos se adivinaban tantas ideas, puras y tranquilas; era tan natural su gesto y, á pesar de su pequeña estatura, tenía tal majestad en aquellos momentos, que otra vez me sentí cómo herido por algún vago recuerdo de ella misma, preguntándome de nuevo: «Estamos acaso en el comienzo?»

Pero de nuevo también me contesté á mí mismo que yo estaba enamorado de Sonitchka y que Varenka era sencillamente una de tantas señoritas, la hermana de mi amigo. Pero, lo cierto es que en aquel momento me gustó, y por esto sentí el vago deseo de decirle algo que le fuese desagradable.

—Sabes tú, Dmitri,—dije á mi amigo, pero acercándome á Varenka para que me pudiese oír—que éste sería de veras un lugar encantador si no hubiese mosquitos?—Y en aquel mismo momento me di un gran golpe en la frente aplastando un impertinente bicho



de esos.—Pero asegúrote que ahora es esto muy poco agradable.

—Páreceme que no sois muy amante de la naturaleza,—me dijo Varenka sin volver siquiera la cabeza.

—En efecto, creo que es ésta una ocupación bien inútil,—le contesté, muy satisfecho de haberle dicho algo asaz original y que le desagradara. Varenka levantó apenas los párpados, expresando con su mirada una gran lástima por mí y continuó tranquilamente en su contemplación.

Sentía un gran despecho contra ella, y sin embargo de esto, el pequeño puente con la rústica baranda en que se apoyaba la esbelta y sugestiva imagen de Varenka al atardecer de aquel día, cuando ya iba faltando en el espacio la luz, y sobre todo su mirada atenta y concentrada... se me representó después espontáneamente muchas veces en la imaginación.



XXVII

Mi amigo Dmitri

CUANDO, después del paseo por el jardín, volvimos á la casa, Varenka no quiso cantar, como lo hacía de ordinario todas las noches, y yo tuve la vanidad de creer que la causa de esto era lo que le había dicho en el puente.

Los Nekhludov no comían por la noche, y se acostaban muy temprano, y como aquel día precisamente, cumpliéndose la predicción de Sofía Ivanovna, Dmitri tuvo dolor de muelas, se retiró aun antes que de ordinario, y yo me retiré con él. Creyendo haber hecho todo lo que de mí pedían mi cuello azul y mis botones dorados y en la convicción de haber complacido á todos, estaba muy contento de mí mismo, y Dmitri, por el contrario, á causa de la discusión con Varenka y del dolor de muelas, se mostraba taciturno y malhumorado. Se sentó á la mesa y sacó los cuadernos en que todas las noches apuntaba lo que había hecho y lo que había de hacer, y frunciendo sin cesar los ojos y apretándose con una mano la mejilla, escribió largo tiempo.

—Bah! Dejadme tranquilo!...—gritó á la criada que vino de parte de Sofía Ivanovna para preguntarle cómo iba el dolor y si quería acaso cataplasmas. Luego, diciéndome que se me prepararía una cama y que él volvía enseguida, fuése á ver á Lubov Sergueievna.

«Lástima que Varenka no sea muy hermosa, y en general, lástima que Varenka no sea Sonitchka!... Así iba pensando apenas me hube quedado solo en el cuarto de Dmitri.—Al salir de la Universidad, oh! sería delicioso... Vendré aquí y pediré su mano, diciendo: Princesa, ya no soy joven; no puedo yo amar con pasión, pero os amaré siempre como si fueseis mi hermana querida; y en cuanto á vos, diré á la madre, á vos os quiero ya, lo mismo que á Sofía Ivanovna; decidme, pues, si me aceptáis por esposo.—Varenka me dirá: Sí! y me dará la mano. Yo entonces se la besaré



amorosamente y le diré: Mi amor no se prueba con palabras, sino con hechos!—Y si entonces Dmitri se enamoraba de Lubotchka, como Lubotchka está ya enamorada de él, y quería casarse? En tal caso uno de nosotros tendría que renunciar á su amor (1), oh! sería una cosa admirable. He aquí lo que yo haría entonces: enseguida que observase la cosa, sin decir nada á nadie me vendría aquí y le diría á Dmitri: Amigo mío, en vano nos lo disimularíamos el uno al otro; tú sabes que mi amor por tu hermana no acabará sino con mi vida; pero yo lo sé todo, tú me has privado de mi esperanza más dulce, me haces desdichado; pero quiero que sepas cómo paga Nicolás Irteniev el dolor de toda su vida. Cásate con mi hermana!...—El dirá entonces: No, jamás!—Y yo replicaré: Príncipe Nekhludov, en vano queréis aparecer con mayor magnanimidad que Nicolás Irteniev, pues no hay en el mundo hombre tan magnánimo como él!—Saludaré entonces y saldré, viniéndome detrás Lubotchka y Dmitri con las lágrimas en los ojos para que acepte su sacrificio... Y yo podría al fin aceptarlo, y con ello ser feliz con Varenka... en el caso, naturalmente, de que estuviese enamorado de ella...—Me era tan agradable figurármelo todo eso así, que tuve grandes deseos de comunicárselo á mi amigo; pero á pesar de nuestro juramento de mutua franqueza, no sé cómo comprendí al fin que no habría manera de hablarle de estas cosas.

Dmitri volvió al fin de ver á Lubov Sergueievna, quien le dió unas gotitas para ponerse en la muela dolorida, pero sufría aun más que antes, y por esto conservaba todavía su mal humor, si es que no había aumentado. Mi cama no estaba preparada aun, y final-

(1) La religión ortodoxa no permite el casamiento entre cuñados.

mente vino un criado joven, el de Dmitri, á preguntarle dónde había yo de dormir.

—Vete al diablo!—gritó Dmitri golpeando el suelo.—Vaska! Vaska!...—siguió gritando y levantando cada vez más la voz, apenas hubo el muchacho salido escapado.—Vaska, prepárame el lecho en el suelo.

—No, ya dormiré yo en el suelo—dije.

—Bueno, me es igual, hazlo donde quieras,—continuó Dmitri enfadado todavía.—Pero, Vaska, cómo no haces la cama?

Pero Vaska no comprendía visiblemente nada de lo que se le decía y se quedó de pie sin moverse.

—Pero, qué haces parado?... Y mi cama?... Vaska, Vaska!... gritó otra vez con rabia concentrada.

Pero Vaska tampoco comprendía nada y lleno de miedo no daba siquiera un paso.

—Te has propuesto acaso perderme... ó volverme loco?

Y levantándose Dmitri de la silla corrió hacia él y con todas sus fuerzas le dió algunos puñetazos en la cabeza.

Le faltó tiempo al pobre Vaska para huir escapado, perseguido por Dmitri; al volver éste se detuvo junto á la puerta y me miró: la expresión de rabia y de furor que se pintaba un segundo antes en su rostro había completamente desaparecido, y en su lugar aparecía una expresión tan llena de timidez y de confusión al mismo tiempo, expresaba una tan infantil ternura que me dió lástima, y aunque había pensado no mirarle siquiera, no me sentí con fuerzas para tanto. No me dijo nada, y durante largo espacio de tiempo se paseó silenciosamente por la estancia, sin hacer más que lanzar de vez en cuando sobre mí una tímida mirada, y hasta me pareció que pidiéndome perdón; luego sacó otra vez de la mesa su Diario, escribió algo en él y lo cerró. Después se quitó la levita, la dobló cuidadosamente, se acercó al sitio donde estaba la santa imagen, juntó sobre el pecho sus largas y blancas manos y oró, oró largo tiempo, tanto, que Vaska tuvo tiempo de traer el colchón y de dejarlo en el suelo haciendo luego la cama, todo lo cual le fuí yo explicando en voz baja. Me desnudé enseguida y me metí en el lecho así arreglado. Dmitri continuaba en sus plegarias. Con-



templando á Dmitri vuelto de espaldas y encorvado, rezando hasta tocar á veces el suelo con la frente, sentía que amaba á Dmitri aun mucho mucho más que antes y pensaba: «Será preciso que le diga, ó no lo será, cuánto he imaginado acerca de nuestras hermanas?»

Terminada su plegaria, Dmitri se tendió en mi propia cama, y apoyando la cabeza en la palma de la mano, me estuvo mirando por largo tiempo en silencio, con su mirada llena de confusión y de cariño. Con toda evidencia, esto le era muy penoso, pero lo hacía sin duda para castigarse. Yo sonreí al fin y él sonrió también.

—Por qué no me has dicho que he obrado mal?—pronunció con voz suave.—Así lo estás pensando ahora sin duda.

—Sí,—contesté.—Puede que estuviese pensando en otra cosa, aunque pareceme que pensaba en lo que dices, efectivamente. Y en cuanto á que has obrado mal, no lo dudes siquiera... Yo no esperaba esto de tí,—dije sintiendo un placer inmenso en tutearle entonces.—Y tus muelas, cómo van?

—Todo ha pasado... Ah! Nicolás, amigo mío,—hizo Dmitri con tanta dulzura que parecía que las lágrimas humedecían ya sus ojos brillantes.—Ya sé que soy muy malo, y Dios ve cuánto yo deseo que me haga mejor, por lo cual no ceso de suplicarle. Pero, qué hacerle, si tengo un carácter tan malo, tan innoble! Qué debo hacer? Yo procuro retenerme y corregirme, pero esto es imposible lograrlo de un solo golpe y sin ayuda de nadie, es preciso que alguien me sostenga y me aconseje... Lubov Sergueievna me comprende y me ayuda mucho en esto... Consultando mi Diario de todo un año, veo, sin embargo, que me he corregido ya bastante. Oh! Nicolás, amigo mío!—continuó con inmensa é indescriptible ternura, y con tono ya completamente tranquilo después de la confesión hecha.—Cuán saludable la influencia de una mujer así! Quizás iremos mucho mejor en cuanto yo sea del todo independiente y tenga á mi lado á esa mujer, que es ante todo una amiga. Con ella soy un hombre distinto.

Después empezó Dmitri á desarrollar sus planes de matrimonio, con su intención de vivir en el campo y con su idea verdaderamente obsesora de perfeccionarse á sí mismo sin cesar.

—Yo viviré en el campo, tú vendrás á vernos, ya tal vez casado con Sonitchka, y nuestros hijos jugarán juntamente. Todo esto parece cosa ridícula, y sin embargo puede muy bien suceder.

—Sin duda, es muy posible,—dije yo, pensando que estaría todavía mucho mejor si yo me casaba con su hermana.

—Quieres que te diga una cosa?...—exclamó de pronto, y des-

pués de una pequeña pausa prosiguió así:—Tú te imaginas que estás enamorado de Sonitchka, pero yo creo que se trata de un afecto puramente infantil... Tú no sabes todavía lo que es un amor verdadero.

No le contradije en esto, pues me sentí interiormente casi de su mismo parecer. Y ambos nos callamos un momento.

—Sin duda has podido observar que hoy me hallaba en una mala disposición de espíritu y que he sostenido muy mal mi discusión con Varenka. Además, aquello me era muy desagradable, principalmente porque se pasó en presencia tuya. Aunque acerca de muchas cosas no piensa Varenka cómo debería, es, sin embargo, una excelente joven y muy buena... Ya la irás conociendo mejor.

Su cambio de conversación, pasando de la afirmación de que yo no estaba de veras enamorado de Sonitchka á los elogios de su hermana, me alegró extraordinariamente y hasta me hizo ruborizar, á pesar de lo cual nada le dije ni de Varenka ni de Lubotchka, y proseguimos hablando de otras mil cosas diferentes, hasta que hubo cantado el gallo por segunda vez, y ya la pálida luz del alba empezaba á penetrar por las ventanas cuando fué Dmitri á apagar la bujía y á meterse en la cama.

—Bueno, ahora á dormir.

—Sí, á dormir,—contesté.—Una palabra todavía...

—Qué?

—Hermosa es la vida!

—Hermosa es la vida!...—contestó con una voz en la cual, en medio de la oscuridad, parecióme ver su expresión alegre, acariante, y aún la clara luz de sus ojos y la infantil sonrisa de sus labios.